

Título del trabajo: Escuchar con los ojos y mirar con las orejas. El observador como testigo

Nombre de la autora: María Teresa Caste Crovetto

Correo electrónico de contacto: mteresa.caste@gmail.com

Filiación institucional: Sociedad Chilena de Psicoanálisis

País de referencia: Chile

Quiero invitarlos a hacer un viaje conmigo, un viaje que une la clínica, lo grupal y la dimensión político-institucional a partir de un gesto aparentemente simple, pero profundamente radical: el acto de escuchar y observar. Estas reflexiones surgen hace más de treinta años en Santiago de Chile, en el primer grupo de formación de la Escuela Pichon-Rivière. Éramos un grupo heterogéneo de distintas procedencias coordinados por H. F. en un período de democracia incipiente, post dictadura. Un tiempo donde la posibilidad de reunirse y, por tanto, de la palabra compartida no tenía el soporte del Estado; de hecho, estuvo censurada por muchos años con gran terror. Era un silencio consciente, lo sintetiza muy bien un dicho popular chileno: “calladito más bonito”, que aquí cambió a “calladito va a llegar a viejito”. En ese teatro de sobrevivencia, el dispositivo del Grupo Operativo reveló su notable potencia. No solo como apertura de la palabra, sino también como un espacio que entonces definimos como “el Shock del Observador”. Podríamos decir el choque del contacto; ahí, en ese contacto, el acto de observar develó su significación más profunda.

Como decía genialmente Armando Bauleo, observar significa «escuchar con los ojos y mirar con las orejas». No significa ser un juez, ni un mero registrador pasivo de hechos, y menos mirar desde una distancia aséptica de laboratorio. Observar es estar en presencia de un otro, de otros, reconociendo en el registro la alteridad. Es validar la diferencia —no como desigualdad, sino como la diferencia válida que enriquece la tarea y pone en cuestión la verticalidad del poder.

El observador pone el cuerpo. Se transforma en un puente**, invitando al grupo a vivenciar una “falta” que moviliza el teatro de los fantasmas internos. La mirada del observador no es neutra. El observador es un personaje cuasi mudo. Tiene que esperar el momento justo hasta que el coordinador le de el pase. Tiene que contener las ganas de intervenir; las ganas de hablar se postergan. Debe navegar solo y bancarse la soledad del registro. Sabemos que la observación es siempre parcial e implicada, pero es una opción ética. A veces el observador tiene las cosas demasiado cerca y puede verlas borrosas. Otras veces, integrando razón y afecto, su devolución se transforma en un momento estético, una obra de arte. El observador restituye aspectos no sabidos, dando nitidez al movimiento grupal de modo que la experiencia pueda ser simbolizada a través de la palabra. Aquí la observación deviene en testimonio activo, un espacio —como dirá más adelante Janine Puget— donde el paso de testigo a testificar permite transformar un posicionamiento sufriente en uno activo. Si pensamos en el concepto de la adaptación activa a la realidad de Pichon-Rivière, constituiría la ayuda para transformar silencios impuestos en testimonios capaces de tejer nuevas historias.

Quiero encarnar esta concepción en un retazo clínico actual, donde se cuestionan las tramas vinculares naturalizadas que constituyen la vida subjetiva de una mujer. Aunque es un abordaje individual, está sostenido desde la innegable presencia de la grupalidad hasta el grupo primario. Porque aunque estemos con "una" sola paciente, la escucha es grupal, vincular, transgeneracional y de género, haciendo alusión a la especificidad de lo propio de la cultura en la que está inserta.

En este espacio de escucha, la paciente pronunció recientemente una frase de una potencia clínica y teórica extraordinaria. Dijo: "El abuso ha capturado mi amor". Quisiera detenerme en la estructura de esta frase, una intuición clínica de un valor importante de analizar como sabiamente me hizo notar Leonardo Montecchi. La paciente no dice: «Ya no puedo amar», ni «He perdido el amor», ni «El abuso me impidió amar». Dice algo muy distinto: "El abuso capturó mi amor". En esta acción, el amor no aparece destruido, anulado o ausente. Continúa existiendo como una posibilidad, como potencia, pero ha sido capturado por un régimen relacional específico.

La diferencia entre captura y generación no pertenece al vínculo en sí mismo, sino al régimen a través del cual opera. El abuso, entonces, no se presenta solo como un evento traumático o una herida individual. Se configura como un régimen de captura que organiza el campo de las relaciones, de las posibilidades afectivas, de las formas de percibirse y de existir. No captura solo el cuerpo o la memoria: captura las posibilidades futuras del vínculo.

Y es precisamente aquí donde el rol del observador-testigo revela su pleno significado ético y político. Cuando la paciente puede decir, frente a un testigo: "El abuso ha capturado mi amor", ocurre ya algo profundamente transformador. Se establece una distancia entre ella y el régimen que la capturó. El amor ya no coincide con el abuso. El abuso se puede nombrar como aquello que generó la captura. El testigo no restituye el amor, no trae la liberación desde fuera, no. Pero crea las condiciones fundamentales para que aquello que se había naturalizado pueda ser visto, nombrado y pensado. Esta liberación es el acto terapéutico por excelencia.

El grupo operativo, el observador y el dispositivo que permite el testimonio se presentan como espacios donde puede surgir una nueva lectura de la experiencia. Ya no se trata de culpa, silencio o aislamiento, sino de la posibilidad de re-conocer que lo que parecía perdido en realidad había sido capturado. Esa frase ya encierra un movimiento de resistencia y de re-existencia. No solo habla de la herida, sino que también apunta a la posibilidad de recuperar, de sustraer el amor al régimen o al sistema vincular que lo había secuestrado.

Hoy, en nuestra actualidad, ¿cuáles son los regímenes de captura? Como nos enseña Rita Segato, nuestra escucha está interferida por las lealtades corporativas que generan la ilusión de pertenencia. Para no perder la ilusión de pertenecer a "lo nuestro", hacemos recortes en la observación y la escucha. Elegimos taparnos los ojos ante el horror para no quedar fuera del coro de la corporación. Vivimos en el quiebre entre el "aparecer o parecer" y el "estar-experienciar". Hay un terror contemporáneo a defraudar la ilusión de que no hay límite o menos aún a la pérdida. El vacío del mercado vende una ilusión de plenitud que excluye la posibilidad de fallar, donde quedan prohibidas la tristeza o la vulnerabilidad.

Pero contra la ilusión del mercado, Wilfred Bion nos recuerda que escuchar significa hacer espacio al vacío originario, tolerar el terror de la fragmentación y esperar que un hecho elegido emerja espontáneamente del caos de una sesión por ejemplo. Una clínica de la

escucha, donde la única certeza es la disponibilidad a perderse junto al paciente o al grupo para poder, finalmente, encontrarse.

El grupo operativo es el dispositivo ético-político por excelencia porque relativiza la Verdad única del poder y abre paso a las verdades en sus distintas escuchas. Como dice una conocida canción italiana —vuestra, —: «Tanto tarde o temprano, los otros somos nosotros». La empatía no es una técnica clínica; es la ética de la consideración de la existencia de los otros. Pasar de testigos pasivos a testimoniar activamente nos permite transformar el shock de la captura en un nuevo, vital y generativo comienzo. Muchas gracias.

Bibliografía

Bion, W. R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.

Pichon-Rivière, E. (1971). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Nueva Visión.

Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis: Incertidumbre y certezas*. Lugar Editorial.

Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.

Steil, W., Caste, M. T., & Chiarappa, M. (1999). *El shock del observador* [Ficha de cátedra]. Universidad de Chile.